

Guadalupe

El viaje se estaba haciendo más largo de lo proyectado y mi padre, que conducía el coche, daba signos de impaciencia. Eso me inquietaba. Sabía el malhumor que gastaba cuando sus planes no se cumplían y también la zozobra que experimentaba mi madre cuando notaba esos primeros síntomas. Habíamos salido de Plasencia a las siete de la mañana con la intención de llegar al atardecer a Santander, y de este modo poder cenar en El Rompeolas, un restaurante al que mi padre iba dos veces al año cuando acudía al mercado de ganado de Torrelavega. Muchas veces nos contaba que era donde mejor pescado fresco se comía, y esta noche nos lo quería demostrar.

Mi hermano Marcos se había quedado con mis abuelos maternos y con mis tías que vivían en Pínofrankeado, en Las Hurdes. Mi abuelo, recién casado, había sido médico de ese pueblo y de varias alquerías antes de la guerra, su primer destino; tenía una querencia especial a la tierra y a sus gentes. Nos gustaba oírle relatar cómo recorría en burro las pequeñas aldeas. También los apuros y dificultades que pasaba para poner remedio a tanta necesidad; en cuanto pudieron, se compraron una casa abandonada que poco a poco fueron restaurando; allí pasaban, ahora, largas temporadas. Tanto a mi hermano como a mí nos gustaba disfrutar de esa recóndita, agreste y enigmática naturaleza.

—¿Hacemos una parada, estiramos un poco las piernas y tomamos un café? —propuso mi madre. Su voz, en el silencio en el que llevábamos instalados más de una hora (oído el partido Madrid-Bilbao y el capítulo de *Matilde, Perico y Periquín*, además de la novela que ella

seguí), detuvo mi vagar mental, mi monólogo interior lleno de recuerdos y dilemas.

—Sííí, buena idea mamá y así aspiramos este aire fresco que entra por la ventana tan distinto del que traemos todo el día.

—Pararemos en Corconte, sugirió mi padre, un balneario que no conozco y que está antes de bajar el puerto del Escudo, una carretera llena de curvas y desniveles por la que hay que transitar muy atento. Me vendrá bien un café.

Seguimos media hora más la carretera.

Los dos habían querido acompañarme y dejarme instalada en la Escuela de Valdecilla. Una institución, decía mi padre, de renombre por su enseñanza y disciplina (parece que la hija de un amigo había estudiado en ella y el padre estaba muy contento con los resultados). No me disgustaba hacerme enfermera, si bien no había sido mi primera opción; hubiera preferido ir a Granada a estudiar veterinaria, pero mis padres no creían que ese fuera un oficio para una mujer. ATS tenía algunas ventajas: había bastante oferta de trabajo por lo que en solo tres años sería independiente, también en lo económico. Ser una chica tiene sus peajes y a menudo me amoldé a sus deseos.

Mi primo Javi había asistido dos veranos a unos cursos en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Las postales que me enviaba habían picado mi curiosidad y el deseo de conocer y pasear por esas playas de arena dorada y verdes prados que llegaban hasta el borde de los acantilados; altos muros donde rompía el mar azul y la espuma blanca. Resultaba atrayente ese paisaje tan distinto al mío. «No lo dudes, lo pasarás bien entre tantas mujeres», me decía con cierta guasa. Su entusiasmo me inducía a pensar que él tenía allí algún secreto amoroso.

También yo quería pasear por el borde del acantilado con el viento de cara. La posibilidad de vivir cerca del mar era recordar mis veranos en el Algarve al que íbamos toda la familia en la infancia, un paraíso salvaje por el que corríamos sin vigilancia, perdidos entre las dunas y las rocas, a merced del sol que tostaba nuestras piernas. Un jardín natural de aguas esmeraldas y frías que desapareció cuando mis padres decidieron comprarse una casa en Isla Cristina, Huelva. Sí, se parecía, sin embargo yo no era la misma.

Recuerdo un verano en que mi abuela paterna había ido a pasar una temporada a un balneario portugués, cerca de la frontera, y toda la familia fuimos a visitarla. Cómo me gustaron los edificios antiguos, hoy diría señoriales, decadentes en los que reposaba gente mayor económicamente bien situada. Allí buscaba pasar unas semanas de tranquilidad, alejada del bullicio moderno y tosco de las playas, decía.

—Lupe, ¿estás en las musarañas? Anda, sal del coche para tomar el café y seguir adelante, comentó mi padre, que ya había aparcado el coche. Mi madre sonreía.

Aspiré el aire intenso y fresco que soplaba en ese paisaje despoblado. «Huelo a retama, a cantueso, comunes en La Vera, ¿vendrá de ese valle que por ahí asoma?», pensé.

—Este balneario parece muy distinto de aquellos a los que iba la abuela, también el paisaje, tan aislado y solitario, con esas montañas amenazadoras —dije mientras pasaba por la puerta giratoria de la entrada.

—No exageres —intervino mi padre—. Son muy diferentes a las nuestras en las que se aprecia la piedra plateada desnuda, granítica, mientras que aquí, las praderas las cubren; también, la diversidad y la densidad de los bos-

ques es mayor, pero ¡no hay almendros ni cerezos como los nuestros! —puntualizó con un punto de orgullo.

El edificio era sobrio, señorial, con el carácter que imprime la piedra oscura, tallada, y el interior, aunque espléndido, me pareció más serio que el recuerdo que conservaba de los balnearios portugueses. Esperamos los cafés sentados en una de las mesas al pie de la ventana de una galería llena de plantas desde la que se apreciaba unas espléndidas vistas.

—¿Y esas aguas? —pregunté.

—Pertenece a las orillas del embalse del Ebro cuya presa está más arriba. Fontibre está en las faldas de esas montañas —dijo mi padre risueño. En nuestra tierra tienen que hacer un pantano como este.

La construcción de una presa utilizando las aguas del río Jerte era una idea, un deseo, además de una necesidad que mi padre veía y repetía en cualquier lugar y ocasión.

Cuando nos incorporamos a la carretera unas nubes bajas, compactas, cubrían toda la raya del horizonte.

—¡La niebla! —exclamó mi padre con voz preocupante. Esperemos que esté alta y la carretera sea visible. En verdad, le tenía miedo al tortuoso puerto, pensé.

Iniciado el ascenso, en lo alto de la primera e irregular colina, cerca de la carretera, se divisaba un monolito con forma de pirámide, sorprendente en ese paraje montañoso. Ante nuestro asombro, mi padre nos contó que era el monumento a los italianos, un cementerio en el que estaban enterrados más de trescientos legionarios que envió Mussolini a su amigo Franco para romper el cerco de la zona norte y ayudarle a ganar la Guerra Civil.

La carretera era visible, la niebla alta y la concentración y precaución de mi padre, máxima. El paisaje espec-

tacular. La visita al balneario y la historia de los italianos estimularon mis recuerdos en los que mi abuela paterna era la protagonista. Un día de invierno me contó una anécdota que en su momento me hizo mucha gracia y, para llenar el silencio mudo que imponía la tortuosa carretera, se me ocurrió contarla.

—¿Conocéis lo que le pasó a una mujer italiana en uno de aquellos balnearios portugueses a los que iba la abuela? —les pregunté.

—No lo recuerdo. No sé cuánto había de autenticidad en sus anécdotas, ¡era tan fantásica! Si las repetía, nunca las narraba igual. Cuando éramos pequeños nos contaba una antes de dormir, a la que quitaba y ponía según le parecía —dijo mi padre con voz melancólica.

—El caso es que me confesó la sorpresa que les causó una tarde, mientras echaba su partida diaria de cartas, la aparición de una excéntrica y lánguida mujer italiana con dos copas de más y un perrito. «Se ha pasado con el oportito», opinaron los ocupantes de la mesa. A través de la ventana abierta, vieron cómo de forma peligrosa se acercaba a la orilla de un pequeño estanque situado en medio del frondoso jardín con la intención, parecía, de dar un paseo en la barca. Todos los jugadores expectantes pararon la partida para observar los inseguros movimientos de la dama. Desamarró la barca, se enredó con la correa del perro, se bamboleó y cayó al agua. El susto y el revuelo fueron tremendos, aunque sin consecuencias serias, solo un remojón que la espabiló. La emperifollada mujer cuando salió del agua parecía una acelga escurrida: el almidón del elegante vestido se había diluido en el agua dulce. No volvieron a ver a la dama del perrito, pues, seguramente avergonzada, hizo las maletas y se esfumó.

Hasta el final de la estancia, me aseguró la abuela, el suceso fue objeto de conversaciones, cotilleos y suposiciones.

—No conocía la anécdota. ¿Será real? Como dice tu padre, la abuela tenía mucha inventiva y también mucha gracia para narrar las cosas. Me imagino las habladurías o los cuentos que circularían entre los huéspedes —sugirió mi madre.

Mi padre asintió, sonriéndome por el espejo retrovisor, lo que indicaba que se había relajado y que las curvas peligrosas, cerradas como tenazas se estaban acabando.

Bajé la ventanilla para ver mejor los perfiles de las cumbres boscosas que rodean la serpenteante y pendiente carretera que, palmo a palmo, desciende hasta el fondo del estrecho valle. Salpicadas por las verdes laderas se apreciaban algunas construcciones de piedra con tejas rojas, que según mi padre son cabañas para el ganado. Más cerca de la carretera había pequeños núcleos de casas, enlucidas en blanco o de piedra con galerías o balconadas de madera en los que se seca la ropa, las panojas de maíz y las ristras de cebollas moradas. Geranios de diversos colores adornaban las solanas, fuera, los maizales verdean. Olía a estiércol y a tierra húmeda.

Por la cuneta marchaban carros tirados por bueyes parsimoniosos, repletos de hierba seca, encima de la que jugaban dos chiquillos. Una pareja con un niño en brazos guiaba la marcha. Una estampa parecida a las que se veían en mi tierra en esta época del año; solo la carga con las espigas amarillas del cereal la diferenciaba.

Me produce desasosiego mirar la profundidad y desnivel de estos agrestes valles, un paisaje tan distinto al de mi comarca. Mis temores aparecen. ¿Tendría que superar tan altas cotas en mis próximos años? Me sentía dubitati-

va, también expectante y eufórica ante el cambio que se iba a producir en mí vida. Hasta ahora el camino había sido fácil junto a mi familia, a mis amigas del colegio o a los veranos en la playa, ahora todo tan lejos.

Mis padres habían realizado los trámites necesarios para que yo estudiara en esta Escuela, y conseguido los dos avales necesarios entre conocidos de Plasencia y de Torrelavega y yo había puesto mis buenas notas. Para ellos era una gran satisfacción que me hubieran admitido, dada la alta opinión que tenían de la institución.

Había dejado que prevalecieran los deseos de mis padres, aunque en mi fuero interno mi anhelo fundamental era alejarme de su tutela y emprender mi propio camino, también dejar el ambiente cerrado de Plasencia. Quería, quería... ¿Qué quería?

Llegamos a la ciudad con la luz del crepúsculo difuminándose, cuando los rayos del sol más tenues resaltan los contrastes de un cielo raso, despejado. Olía a mar, a humedad. Un perfume más intenso del que yo recordaba de otros mares. De camino al alojamiento pude ver a la gente andando por unas calles estrechas y poco iluminadas, y a cuadrillas de hombres que salían de los bares cercanos al hotel, situado en lo alto de un paseo desde el que se adivinaban las aguas de Puertochico. ¡Cuántas cuestas!, pensé.

Apremiadas por la impaciencia de mi padre, nos arreglamos con nuestras mejores ropas veraniegas: mi madre un traje ajustado de chaqueta de lino, verde billar, que le sentaba de maravilla, yo un vestido floreado rojo y blanco que resaltaba mis ojos grises y mi piel blanca. Mi padre nos piropeó. Se sentía muy contento, orgulloso de haber llegado a tiempo y de ir tan bien acompañado, decía.

También yo me contagié de la alegría infantil, del aire de celebración y de despedida que tenía este último día libre. Ahora cambiaba la casa familiar por el internado, pasando del tutelaje de los padres al de las monjas. Deseaba disfrutar de esta noche santanderina. Mañana, sería eso, mañana.